

indispensables para labrar mi porvenir. Se trata de vencer ó de quedar en la estacada, caído en el barro. Sé lo que esperáis de mí, y quiero realizarlo. Así, querida mamá, vende alguna de tus alhajas antiguas, que no tardaré en comprarte otras. Conozco lo bastante la situación de la familia para poder apreciar tales sacrificios y no debes creer que te los exijo en vano: si tal hiciera, sería un monstruo. No veas en mi ruego sino el grito de una imperiosa necesidad. Todo nuestro porvenir depende de esa suma. Con ella debo comenzar la campaña, pues esta vida de París es una continua lucha. Si para completar la suma no hay más remedio que vender los encajes de tía, dile que le enviaré otros más hermosos, etc. »

También escribió á cada una de sus hermanas pidiéndoles sus economías, y para arrancárselas sin que las muchachas hablasen en familia del sacrificio que no dejarían de hacerle con verdadero placer, apeló á su delicadeza tocando el punto de honra, á que tan sensibles son los corazones juveniles. Sin embargo, después de haber escrito las cartas, sintióse involuntariamente conmovido: estaba anhelante y trémulo. El ambicioso joven conocía la inmaculada nobleza de aquellas almas sepultadas en la soledad, sabía qué causaría á sus dos hermanas, y también cuán alegres disgusto estarían por haberle sacado de apuro y con qué placer hablarían en secreto de aquel hermano querido, en el fondo del jardincito. La imaginación se las hacía ver con la propia lucidez que si las tuviese delante, contando en secreto su pequeño tesoro, desplegando

todo su malicioso ingenio de muchachas para enviarle de *incógnito* el dinero y fraguando aquella primera mentira, que las sublimaba.

« El corazón de una hermana, se dijo, es puro como un diamante, es un abismo de pureza. »

Sentía vergüenza por haber escrito. ¡Cuán poderosas serían sus súplicas, cuán puro sería el fervor de sus almas hacia el cielo! ¡De qué buena voluntad iban á sacrificarse y qué profundo sería el dolor de su madre si no podía enviar toda la cantidad pedida! Aquellos sentimientos tan hermosos, aquellos sacrificios tan terribles iban á servirle de escalones para llegar hasta Delfina de Nucingen. Algunas lágrimas, últimos granos de incienso quemados en el altar de la familia, brotaron de sus ojos. Goriot, que le veía por la puerta mal cerrada, entró y le dijo:

— ¿Qué le pasa á usted?

— ¡Ah! mi buen vecino, soy hijo y soy hermano, así como usted es padre. Con razón tiembla usted por la condesa Anastasia: se ha entregado á un Máximo de Trailles que la perderá.

Alejóse Goriot balbuceando algunas palabras, cuyo sentido no alcanzó Eugenio á comprender. Este fué al día siguiente á echar las cartas al correo. Vaciló hasta el último instante, pero por fin las arrojó en el buzón, diciendo: « ¡Venceré! » Palabra de jugador y de gran capitán; palabra fatal que pierde á más hombres que salva.

Al cabo de algunos días fué Eugenio á casa de la condesa de Restaud, y no fué recibido. Volvió tres veces, y otras tantas halló cerrada la puerta, á pesar

de que adoptó la precaución de presentarse á horas en que sabía que no se encontraba allí el conde de Trailles.

No le había engañado la vizcondesa. El estudiante dejó de estudiar. Iba á clase para contestar á la llamada, pero en cuanto contestaba marchábase. Habíase trazado el plan de todos los estudiantes: se reservaba para la época de los exámenes; ganaría dos años, el segundo y tercero, de una vez, y aprendería derecho á fondo en el momento oportuno. Quedábanle, pues, quince meses de ocio para explorar ese océano llamado París; dedicábase á la trata de mujeres ó pescaría una fortuna. Durante la semana vió dos veces á la señora de Beauseant, en cuya casa no entraba sino después de ver salir al marqués de Ajuda. Aquella mujer ilustre, la más poética figura del arrabal Saint-Germain, obtuvo una victoria de algunos días, logrando que fuera aplazado el matrimonio de la señorita de Rochefide con el marqués de Ajuda. Pero esos días, en los cuales el temor de ver perdida la felicidad la hicieron desplegar más ardor que nunca, precipitaron la catástrofe. El marqués de Ajuda, de acuerdo con los Rochefide, había mirado aquella niña amorosa y la reconciliación que siguió como una circunstancia feliz: tenían la esperanza de que la vizcondesa se habituara á la idea de aquel enlace y acabaría por resignarse á un suceso á todas luces inevitable. Vese que, á pesar de los más sagrados juramentos, diariamente renovados, el marqués engañaba á la vizcondesa, la cual, al decir de la duquesa de Langeais, una de sus mejores amigas, *en vez de arrojar noblemente por la ventana, dejaba que la echaran por las escaleras*. Sin embargo, aquellas

últimas ráfagas duraron lo bastante para que la vizcondesa permaneciese en París y prestase su apoyo á Eugenio, por el cual había concebido una especie de afecto supersticioso, sin duda por haberle demostrado el cariño y mostrándose sensible á sus dolores en circunstancias en que las mujeres no ven piedad ni consuelo verdadero en ninguna mirada. Si en tales circunstancias diceles un hombre dulces palabras amorosas, dícelas por especulación.

Deseando ponerse bien al tanto de cuanto érale necesario saber para la conquista de Delfina de Nucingen, quiso Rastignac conocer previamente la vida de Goriot, y recogió acerca de ella las siguientes noticias:

Juan Joaquín Goriot era antes de la Revolución obrero en una fábrica de harinas, hábil, económico y lo bastante emprendedor para haber comprado las existencias de su amo, á quien la casualidad hizo víctima de la primera sublevación de 1789. Establecióse en la calle de la Jussienne, cerca del mercado de granos, teniendo el buen acuerdo de aceptar la presidencia de la sección de su barrio, con objeto de obtener para su comercio la protección de los personajes que en aquella peligrosa época disponían de mayor influjo. Tal prudencia fué la base de su fortuna, la que comenzó en la carestía, verdadera ó falsa, que tan alto precio hizo adquirir en París á los granos. Matábase el pueblo á la puerta de los panaderos, mientras ciertas personas iban, sin peligro alguno, á comprar pastas de Italia en las tiendas de ultramarinos. En aquel año reunió el ciudadano Goriot los capitales que más adelante le sirvieron para continuar su comercio con toda esa supe-

rioridad que dan las grandes masas de dinero á los que las poseen. Sucedióle lo que á todos los hombres que tienen una capacidad relativa: que le salvó su propia medianía. Además, como no se supo que era rico hasta que desapareció el peligro de serlo, no excitó la envidia de nadie. Diríase que el comercio de granos había absorbido toda su inteligencia.

No tenía su igual Goriot en la cuestión de trigos, de harinas, de granos de desecho, de reconocer su clase y procedencia, de conservarlos, prever los precios, profetizar la abundancia ó escasez de las cosechas, de procurarse cereales baratos y de comprarlos en Sicilia ó en Ucrania. Viéndole llevar su negocio y oyéndole explicar las leyes de la exportación y de la importación de granos y exponer su alcance y sus inconvenientes, hubiérasele creído capaz de regir un ministerio. Era paciente, activo, enérgico, constante y rápido en el obrar; tenía mirada de águila, se anticipaba á todo, lo preveía todo, lo sabía todo y lo callaba todo; era un diplomático en la concepción, y un soldado en la ejecución. Pero fuera de su especialidad, sacándolo de la humilde y obscura tienda, en cuyo umbral permanecía durante las horas de ociosidad, con el hombro apoyado en el montante de la puerta, transformábase en obrero estúpido y grosero, incapaz de comprender un razonamiento, insensible á todos los placeres del espíritu al punto de dormirse en el teatro; uno de esos Dolibans parisienses, superiores tan sólo en estupidez. Esos temperamentos se parecen casi todos. En casi todos hallarías un sentimiento sublime en su corazón. Dos, y muy exclusivos, llenaban el de

nuestro fabricante, ocupándolo todo, lo mismo que el comercio de granos había absorbido toda la inteligencia de su cerebro. Inspiróle su mujer, hija única de un rico hacendado de Brie, un amor sin límites, especie de adoración religiosa. Goriot admiró en ella una naturaleza á la par delicada y fuerte, sensible y hermosa, que contrastaba radicalmente con la suya. Si hay un sentimiento innato en el corazón del hombre, ¿no lo constituye el orgullo de la protección ejercida en todo momento en favor de un ser débil? Unid á esto el amor, vivo agradecimiento de todas las almas francas hacia el principio de sus placeres, y comprenderéis una multitud de rarezas morales. A los siete años de una felicidad no interrumpida, tuvo Goriot la desgracia de perder á su mujer, precisamente cuando ésta comenzaba á ejercer cierto dominio sobre él, aun fuera de la esfera de los sentimientos. Tal vez, de haber vivido, hubiera cultivado aquella naturaleza inerte, sembrando en ella la inteligencia de las cosas del mundo y de la vida. En Goriot viudo, desarrollóse el sentimiento de la paternidad hasta más allá de lo razonable. Concentró todos sus afectos, burlados en gran parte por la muerte, en sus dos hijas, las cuales en un principio supieron corresponder á aquellos sentimientos. Por brillantes que fueron las proposiciones que le hicieron negociantes ó ricos labradores que anhelaban darle sus hijas, determinó quedar viudo. Su suegro, único hombre á quien había profesado algún afecto, pretendía saber de ciencia cierta que Goriot había jurado permanecer fiel á su mujer aun después de muerta; pero la gente del mercado,

incapaz de comprender esta sublime locura, bautizó á Goriot con cierto apodo grotesco. El primero que tuvo la ocurrencia de pronunciarlo en su presencia — por cierto que fué bebiendo el vino de un trato — recibió del fabricante de fideos un puñetazo en el hombro, que le envió de cabeza contra un guardacantón de la calle Oblin. Tan conocidos eran la irreflexiva abnegación de Goriot y el cariño temeroso y delicado que profesaba á sus hijas, que en cierta ocasión, un su rival que deseaba alejarle del mercado para quedar dueño de la cotización, le dijo que Delfina había sido atropellada por un coche. Pálido y convulso, abandonó Goriot en el acto el mercado, y estuvo enfermo muchos días á causa del choque de los encontrados sentimientos que la falsa noticia le produjo. Si no descargó su terrible puño sobre el hombro de aquel competidor, echóle del mercado obligándole, en una circunstancia crítica, á quebrar.

La educación de sus dos hijas fué naturalmente disparatada. De sus sesenta mil francos de renta, Goriot sólo gastaba mil doscientos; el resto lo empleaba en satisfacer los menores caprichos de ellas. Tuvieron, para aprender, lo necesario á señoritas que aspiran á brillar en la más encumbrada sociedad: los mejores maestros, una institutriz que, afortunadamente, era mujer de talento y de buen gusto; tenían coche, montaban á caballo y vivían como la amante más mimada de un viejo rico. Con sólo manifestar los más costosos deseos, acudía inmediatamente su padre á colmarlas; y, como recompensa, sólo un beso de sus hijas pedía. Goriot ponía á sus hijas por cima de los ángeles y,

por tanto, muy por cima de sí mismo, amando de ellas hasta el mal que le hacían.

Cuando tuvieron edad para casarse pudieron elegir marido según sus aficiones: cada una había de llevar como dote la mitad de la fortuna del padre. Solicitada por su belleza por el conde Restaud, Anastasia tenía inclinaciones aristocráticas que la indujeron á abandonar la casa paterna para lanzarse en la alta sociedad parisiense.

En cambio, á Delfina gustábale el dinero, y se casó con el barón de Nucingen, banquero de origen alemán, que logró del Santo Imperio su título. Goriot siguió comerciando en harinas y sopas de pasta. No tardaron yernos é hijas en manifestar su disgusto al verle continuar en su comercio, aunque constituía éste toda su vida; y al cabo de cinco años de instancias consiguieron que se retirara, capitalizando sus fondos y el producto de los negocios durante los últimos años, capital que la viuda de Vauquer, á cuya casa fué á vivir, suponía productos de una renta de ocho á diez mil francos. Se encerró en la casa de huéspedes á causa de la desesperación que le produjo ver que sus hijas, obligadas por sus maridos, no sólo no quisieron que viviera con ellas, sino que hasta se negaron á que las visitara ostensiblemente.

Estos informes era todo cuanto sabía un tal señor Muret, acerea del bueno de Goriot, al que había éste traspasado su comercio. Las suposiciones que Rastignac había oído hacer á la duquesa de Langeais eran, por tanto, exactas. Y con esto termina la exposición de nuestra obscura pero terrible tragedia parisiense.

BIBLIOTECA DE NUESTRO LEON  
BIBLIOTECA DE NUESTRA

"ALFONSO REYES"

Ado. 1625 MONTERREY, MEXICO

Hacia el fin de la primera semana del mes de diciembre recibió Rastignac dos cartas, una de su madre y otra de su hermana mayor. Aquellos caracteres de letra que tanto conocía le hicieron palpar de alegría y temblar de miedo al mismo tiempo, porque las delgadas hojas de papel contenían su fortuna ó la muerte de sus esperanzas. Por una parte, y teniendo en cuenta la difícil situación de su familia, concebía mil temores; pero, por otra parte, y sabiendo hasta qué punto era querido de toda ella, aterrábale la idea de haber arrebatado á los suyos las últimas gotas de sangre.

Esto decía la carta de su madre:

« Querido hijo: Te mandó lo que me has pedido. Emplea bien ese dinero; me sería imposible, aun cuando se tratase de salvarte la vida, encontrar una segunda vez tan considerable suma sin que tu padre se enterara, lo que produciría un disgusto de familia; pues, para obtenerla, tendríamos que hipotecar las tierras. No puedo juzgar el mérito de tus proyectos, porque no los conozco; pero ¿de qué especie serán cuando no te atreves á confiármelos? No me digas que necesitabas para ello muchos tomos; á las madres nos basta media palabra para comprender á los hijos, y esa media palabra me hubiera evitado las angustias de la incertidumbre. Me es imposible ocultarte la impresión dolorosa que tu carta me ha causado. Querido hijo, ¿qué sentimiento te ha llevado á llenar mi corazón de tales temores? Mucho has debido de sufrir al escribirme, porque yo he sufrido mucho al leerte. ¿En qué empresa te has metido? ¿Cifrarás la felicidad de

tu vida en parecer lo que no eres, en vivir en un mundo para frecuentar el cual tendrás que hacer gastos que no podrás sostener, y perder un tiempo precioso para tus estudios? Mi buen Eugenio, cree en lo que te dice el corazón de tu madre: los caminos torcidos no conducen á nada grande. La resignación y la paciencia son las grandes virtudes de los jóvenes sin fortuna. No te riño, ni quiero que esta ofrenda nuestra vaya acompañada de la menor amargura. Mis palabras son de madre tan confiada como previsora. Si tú sabes cuáles son tus obligaciones, yo conozco la pureza de tu corazón y la rectitud de tus intenciones, y por eso puedo decirte sin temor: ¡Anda, sigue adelante, querido hijo mío! Temo, porque soy madre; pero cada uno de tus pasos irá acompañado por nuestros votos y nuestras bendiciones. Sé prudente, hijo mío. Debes ser juicioso como un hombre, puesto que de ti depende el porvenir de cinco personas que te quieren. Sí, en ti estriba nuestro bienestar, así como tu dicha es nuestra dicha. Todos pedimos á Dios que secunde tus planes. Tu tía Marcillac se ha mostrado admirable en esta ocasión, diciendo que comprendía muy bien lo que contabas de los guantes, añadiendo alegremente que tú eres su preferido. Eugenio mío, quiere mucho á tu tía; no te diré lo que por ti ha hecho hasta que hayas alcanzado el éxito que te propones conseguir; si ahora te hablara claro, su dinero te quemaría los dedos. ¡No sabéis, oh jóvenes, lo que es sacrificar recuerdos! Pero ¿qué no os sacrificaríamos? Me encarga decirte que te manda un beso, en el que quisiera comunicarte fuerza bastante para que seas

siempre afortunado. La pobre no te escribe, á causa de la gota de los dedos. Tu padre está bien. La cosecha excede á nuestras esperanzas. Adiós, hijo mío; no te digo nada de tus hermanas, porque Laura te escribe. Quiero dejarle el gusto de charlar sobre los asuntillos de familia. ¡Quiera Dios que triunfes! ¡Oh! si, triunfa, Eugenio mío; me has hecho sentir un dolor demasiado vivo para que pudiera soportarlo una segunda vez! Hasta que he deseado una fortuna para mi hijo, no he comprendido lo que era ser pobre. ¡Vaya, adiós! No nos dejes sin noticias tuyas, y recoge aquí el beso que tu madre te envía. »

Lloroso estaba Eugenio al acabar la lectura de la carta, lloraba y pensaba en el papá Goriot aplastando su vajilla de plata para venderla y pagar la letra de su hija.

— También tu madre ha retorcido sus joyas, se decía, y tu tía habrá llorado, seguramente, deshaciéndose de algunas de sus reliquias. ¿Con qué derecho maldecirías á Anastasia? ¿Acaso no acabas de hacer tú, en interés de tu porvenir, lo que ella ha hecho por su amante? ¿Cuál de los dos vale más, ella ó tú?

Sentía el estudiante sus entrañas roidas por una sensación de calor intolerable. Quería prescindir de aquel dinero y renunciar al mundo, experimentando uno de esos bellos y nobles remordimientos secretos cuyo mérito rarísima vez aprecian los hombres cuando juzgan á sus semejantes y que á veces hace que los ángeles del cielo absuelvan al criminal condenado por los juristas de la tierra. Abrió Rastignac la carta

de su hermana, cuyas expresiones inocentemente graciosas le refrescaron el corazón:

« Muy á punto ha venido tu carta, querido hermano. Águeda y yo teníamos acerca del empleo que habíamos de dar á nuestro dinero ideas tan diferentes que no sabíamos por cuál decidirnos. Has hecho lo que el criado del rey de España cuando derribó los relojes de éste: nos han puesto de acuerdo. Siempre andábamos en discusiones para saber á cuál de nuestros deseos daríamos la preferencia, y no habíamos adivinado, mi buen Eugenio, el empleo que plenamente satisfacía nuestros corazones. Águeda saltaba de alegría. Hemos pasado el día como locas, siendo tan ruidosa nuestra alegría que mamá nos decía en tono severo: « ¿Pero qué tienen ustedes, señoritas? » Y, si nos hubiera reñido un poco, creo que aun habríamos estado más contentas. ¡Mucho debe de agradar á una mujer sufrir por aquel á quien ama! Sólo yo estaba, á pesar de mi alegría, pensativa y triste. No seré una buena mujer de mi casa, porque soy muy gastadora. Me había comprado dos cinturones, un punzón muy bonito para abrir los ojales de mi corsé y otras bagatelas, por la cual mis ahorros eran menores que los de la tranquilota de Águeda, que es económica y junta peseta á peseta como una urraca. ¡Tenía ella doscientos francos! Yo, pobre amigo mío, sólo tengo ciento cincuenta. Bien castigada estoy, y me dan ganas de coger los cinturones y echarlos al pozo; no voy á tener gusto al ponérmelos, sino al contrario. Te he robado. En cambio Águeda se ha po-

tado muy bien. Me dijo: « ¡Vamos á mandarle trescientos cincuenta francos las dos! » Mas no he podido resistir al deseo de contarte las cosas tal como ocurrieron. ¿Sabes cómo nos hemos arreglado para obedecer á tus órdenes? Salimos de casa como quien va de paseo, y, una vez en la carretera, corrimos á Ruffec, donde entregamos el dineró al señor Grimbert, encargado del despacho de las Reales Mensajerías. Ibanos ligeras como golondrinas que vuelven á sus nidos. « Parece que la alegría nos da alas », decía Agueda. Y nos dijimos otras muchas cosas que no quiero repetir aquí, señor parisiense, pero que se referían á usted. Aunque puedo decirlo en dos palabras. Te queremos mucho, ni más ni menos. En cuanto al secreto, dice la tía que las muñecas, como nosotras somos capaces de todo, incluso de callar. Nuestra madre ha ido misteriosamente á Angulema con la tía, y ambas han guardado silencio en lo referente á la alta política de su viaje, el cual no se ha efectuado sin largas conferencias de las que hemos sido excluidas, y también el señor barón. Grandes conjeturas ocupan los espíritus en el Estado de Rastignac. El vestido de muselina con flores bordadas que las infantas bordan para Su Majestad la reina adelanta en medio del mayor secreto, sólo le faltan dos paños. Se ha acordado no construir la tapia de la parte de Vertueil: en su lugar se pondrá una empalizada. El pueblo perderá alguna fruta y algunas enredaderas, pero los forasteros disfrutarán de mejores vistas. Si necesitara pañuelos el presunto heredero, queda prevenido que la anciana princesa de Marcellac há ha-

llado en sus dos baúles, llamados Herculano y Pompeya, tras minuciosas investigaciones en los tesoros que contienen, una hermosa pieza de tela de Holanda, cuya existencia era desconocida; las princesas Agueda y Laura ponen á su disposición hilo, agujas y manos siempre demasiado coloradas. Los dos príncipes menores, don Enrique y don Gabriel, conservan la funesta costumbre de atracarse de arropo, hacer rabiarse á sus hermanas, no querer aprender una palabra, cojer nidos, meter ruido y cortar, á pesar de lo que imponen las leyes del Estado, varas para hacer bastones. El nuncio de Su Santidad, vulgarmente llamado señor cura, amenaza excomulgarlos si persisten en olvidar los santos cánones gramaticales para dedicarse á ejercicios belicosos.

» Adiós, querido hermano. Ninguna carta ha llevado tantos votos por tu felicidad como ésta lleva, ni tanto ni tan satisfecho cariño. ¡Cuántas cosas tendrás que contarnos cuando vengas! A mí me confiarás todos tus secretos, por ser la hermana mayor. La tía nos ha dado á entender que has tenido alguna buena fortuna.

Háblase de una dama y lo demás lo callan...

» Responde pronto á esto, porque si quieres camisas buenas y bien cosidas, tendremos que ponernos á trabajar en ellas inmediatamente, y, si hay en París modas nuevas que no conozcamos, envíanos un modelo, sobre todo para los puños. ¡Adiós, adiós! Te mando un beso en la frente, del lado izquierdo, que es el que me pertenece exclusivamente... Dejo la otra hoja de la carta para Agueda, la cual me ha prome-

tido no leer lo que te escribo. Pero por si acaso, no me separaré de su lado hasta que acabe. Tu hermana, que te quiere. — LAURA DE RASTIGNAC. »

— ¡Oh, sí, pensó Eugenio, sí, la fortuna á toda costa! Todos los tesoros del mundo no recompensarían esta abnegación. Quisiera poder pagársela con todas las felicidades juntas... ¡Mil quinientos cincuenta francos! se dijo, después de una pausa. ¡Es necesario que cada pieza de cinco francos gane una victoria! Dice bien Laura. ¡Demonio de mujeres! Todas las camisas que tengo son ordinarias. El deseo de contribuir á la fortuna ajena hace muy perspicaces á estas muchachas. Inocente para ella y previsora para mí, Laura es como el ángel del cielo que perdona las culpas de la tierra sin comprenderlas.

¡Suyo era el mundo! Ya su sastre había sido convocado, sondeado, conquistado. Desde que Rastignac vió al señor de Trailles, comprendió la influencia del sastre en la vida de la gente joven. En efecto, no hay término medio: un sastre es un enemigo mortal ó un amigo proporcionado por una factura. Eugenio halló en el suyo un hombre que ejercía el comercio de una manera, en cierto modo, paternal, y que se consideraba como una especie de lazo de unión entre el presente y el porvenir de sus parroquianos jóvenes. Así es que Rastignac, agradecido, hizo la fortuna de aquel hombre con una frase típica, de esas en que más tarde sobresalió. « He visto de él, decía, dos pantalones que han proporcionado á sus bienaventurados dueños herederas con veinte mil francos de renta. »

¡Mil quinientos francos y ropa á discreción! Desde aquel momento el pobre meridional no dudó de nada, y bajó á almorzar con ese aire indefinible que da á un joven la posesión de algún dinero. Parece que, en cuanto éste entra en el bolsillo de un estudiante, levántase delante del favorecido para servirle de apoyo una columna fantástica. Camina más derecho, como sintiendo un punto de apoyo para su palanca, mira frente á frente y tiene más agilidad en todos sus movimientos. La víspera, humilde y tímido, hubiera recibido un golpe sin protesta; al día siguiente es capaz de pegar al primer ministro. Ocurren en él fenómenos inauditos: quiere todo, lo puede todo y todo lo desea; es alegre, generoso y expansivo. En una palabra, hállese como un pájaro que, sin alas momentos antes, se hallara con ellas de repente. El estudiante pobre atrapa un pedazo de placer como un perro que, arrojando mil peligros, roba un hueso, lo rompe, chupa la médula y sigue corriendo; pero el que hace sonar en el bolsillo unas cuantas monedas de oro, saborea los goces que han de proporcionarle, los analiza, se complace en pensar en ellos, se cierne en los espacios, agitando sus alas, y no sabe lo que la palabra *miseria* significa. París entero es suyo. ¡Edad en que todo brilla, fulgura y llama! ¡Edad de fuerza alegre de la que nadie aprovecha, ni el hombre ni la mujer! ¡Edad de las dudas y de los continuos temores que duplican todos los placeres! ¡Quien no ha vivido en el ribazo izquierdo del Sena, entre la calle Saint-Jacques y la de Saint-Pères, nada conoce de la vida humana!

— ¡Ah! se decía Rastignac, devorando las peras



cocidas, á céntimo cada una, servidas por la viuda de Vauquer. Si las mujeres de París supieran, vendrían á amar aquí.

En efecto, un factor de las reales mensajerías presentóse en el comedor, después de haber abierto ruidosamente la verja del jardín. Preguntó por el señor Rastignac, y le alargó dos saquitos y un libro de asiento para firmar. Una mirada profunda de Vautrin cruzó el rostro de Eugenio, enrojeciéndolo como un latigazo.

— Con eso podrá usted pagar las lecciones de esgrima y las sesiones de tiro, dijo aquél.

— Han llegado los galeones, añadió la viuda mirando los saquitos.

La señorita Michonneau hizo por mirarlos, temiendo que si fijaba en ellos la vista habían de descubrir su codicia.

— Tiene usted una madre muy buena, dijo la de Couture.

— La madre del señor es muy buena, repitió Poiret.

— Sí, la mamá se ha dejado hacer una sangría, dijo Vautrin. Ahora podrá usted andar de juergas, frecuentar la alta sociedad, pescar dotes y bailar con las condesas que llevan en la cabeza adornos de flores de melocotón. Pero créame, pollo, frecuente usted las salas de tiro.

Vautrin remedó la actitud del que apunta á un adversario. Rastignac quiso dar propina al dependiente, pero por más que buscó no halló nada en los bolsillos. Vautrin metió la mano en el suyo y sacó un franco que dió al hombre.

— Conmigo tiene usted crédito, repuso mirando al estudiante.

Vióse Rastignac obligado á darle las gracias, aunque después de las palabras cambiadas entre ellos en tono tan agrio, el día en que volvía de casa de la de Beauseant, se le había hecho insoportable. Durante aquellos ocho días, Vautrin y Eugenio se habían contemplado en silencio, observándose mutuamente, sin que Eugenio pudiese explicar el por qué. Sin duda, las ideas se lanzan en razón directa de la fuerza con que han sido concebidas y van á caer allá donde el cerebro las envía, según una ley matemática comparable á la que dirige la bomba á la salida del mortero. Varían mucho los efectos que producen. Si hay naturalezas débiles en las que se aloja y hace estragos una idea, en cambio hay naturalezas enérgicas, cráneos de bronce, en los cuales las balas por otros disparadas se aplastan como contra una muralla; y por último, las hay sin consistencia, como de algodón, en las que las ideas ajenas se estrellan, así como se detienen y mueren las granadas en la blanda tierra de los reductos. Tenía Rastignac una de esas cabezas llenas de pólvora que al primer choque hacen explosión. Su juvenil vitalidad le hacía muy accesible á esta proyección de ideas, á este contagio de sentimientos, cuyos extraños fenómenos nos sorprenden frecuentemente. La vista de su espíritu poseía el alcance y la lucidez de sus ojos de lince. Cada uno de estos dobles sentidos tenía en él esa extensión misteriosa, esa facilidad de ida y vuelta que nos maravilla en los hombres superiores, tiradores expertos en encontrar los puntos